

CULTURA DE LA LIBERTAD Y LIBERTAD DE LA CULTURA

Escribir es un oficio solitario. Enfrentado al papel, con la pluma en la mano, para que brote eso que, a falta de otro mejor, se conoce con el nombre de inspiración, no hay más remedio que aislarse de la vida inmediata y sumergirse en el mundo íntimo de la memoria, la nostalgia, las secretas apetencias, la intuición y el instinto, ingredientes que alimentan la imaginación creadora. El proceso del que nace una ficción es largo, difícil, fascinante. Aunque desde que escribí mi primer cuento lo he vivido muchas veces, nunca he acabado de entenderlo plenamente.

No sé si les ocurre a todos los escritores, pero, en mi caso al menos, aun cuando hago un gran esfuerzo de lucidez mientras escribo, y trato de tener un control racional de la historia, los personajes, los diálogos y los paisajes que van surgiendo al compás de las palabras, nunca puedo evitar una cierta oscuridad que, como su sombra, acompaña a la tarea consciente a la hora de crear.

Ese elemento que espontáneamente brota de lo más recóndito de la personalidad, impone a la historia que uno está escribiendo una coloración particular, establece entre los personajes jerarquías que a veces trastornan sutilmente nuestra intención consciente, matiza o impregna aquello que contamos de una significación o simbolismo que, en algunos casos, no sólo no congenian con nuestras propias ideas, sino que pueden llegar a contradecirlas radicalmente. Ocurre que a la hora de crear, un escritor, un artista, son algo más que inteligencia, razón, ideas. Son, también, esa zona umbrosa de la personalidad que nuestra conciencia reprime o ignora. En el proceso creativo, que tiene mucho de mágico, ella consigue manifestarse e imponerse, restableciendo esa totalidad de la persona que, en casi todas las otras actividades sociales o privadas, aparece trunca, reducida a su anverso consciente.

Quizá por nacer del esfuerzo conjugado de la razón y la sinrazón, del intelecto y la intuición, del libre vuelo de la fantasía y de los oscuros designios del inconsciente, tienen los productos del arte y de la literatura esa perennidad que les permite sortear airoosamente los siglos y las barreras de la geografía y de las lenguas, conservando una frescura y un poder que el tiempo, en vez de ajar, aumentan. Las peripecias de los dioses y los hombres de la Héliade, que un poeta ciego cantó hace tres mil años, nos deslumbran todavía y, como a esos remotos antepasados de nuestra cultura que los oyeron por primera vez en boca de los rapsodas, también a

nosotros nos hacen vivir vicariamente esas ceremonias de la pasión y la aventura que, por lo visto, codicia con avidez el corazón humano de todas las civilizaciones y todos los tiempos. El fuego que encendió Shakespeare, recreando, en sus tragedias y comedias, el universo isabelino, desde la plebeya chismografía callejera con su abanico de tipos pintorescos y su rica vulgaridad hasta las refinadas astucias de la lucha por el poder de los príncipes y guerreros o las delicadezas y tormentos del amor y la fiesta del deseo, arde cada vez que aquellas historias se materializan en un escenario, abrasándonos, por encima de la cronología y la distancia, en su hechizo verbal. Fantaseando sobre los seres de carne y hueso de su tiempo y sobre los demonios que los azuzaban, Shakespeare trazó unas imágenes en las que los hombres de cada época encuentran, inmutables y cambiantes, sus propias caras.

El milagro no hubiera sido posible si el viejo aeda de los comienzos de la civilización griega y el dramaturgo inglés no hubieran contado, además de su prodigioso dominio del lenguaje y de su imaginación incandescente, con la posibilidad —a la hora de enfrentarse al papiro o al papel— de abrir las puertas a sus fantasmas privados, de dejarlos moverse a su antojo y de someterse a sus dictados. Las civilizaciones a las que ambos pertenecieron era represoras y abusivas. Se sostenían gracias a la discriminación, la desigualdad y la injusticia. Pero en el campo específico en el que ellos operaban —el de la creación artística— lo que, empleando un concepto moderno, llamaríamos la "permissibilidad", era prácticamente absoluto. Para los griegos el poeta era un vocero de los dioses, un intermediario del más allá, alguien en quien los valores artísticos y religiosos se confundían de manera indisoluble. ¿Cómo hubiera puesto trabas al trabajo de un hombre cuya función era de sacerdote y adivino al mismo tiempo que de ilusionista, una cultura que,

a diferencia de la nuestra, no sabía disociar la literatura y el arte de la moral y la religión, el espíritu del cuerpo? A esa libertad ilimitada de que gozaban el poeta, el artista, el pensador —los puentes a través de los cuales se comunicaban los hombres y los dioses, el mundo y el trasnmundo— debe la cultura griega su desarrollo, ese encaminamiento que le permitió alcanzar en el campo de las ideas, de las artes, de las letras, una prodigiosa riqueza de invención y de conocimientos, y fijar unos patrones de belleza y de pensamiento que cambiaron la historia del mundo, imprimiéndole una racionalidad de la que se derivaría todo el progreso técnico y científico de Occidente y, también, la humanización gradual de la sociedad. Se ha dicho que la historia de Grecia es la del triunfo de la razón contra los condicionamientos irracionales característicos de las civilizaciones precristianas. Sin duda. Pero ese despertar victorioso de la razón sobre la cota de malla de las supersticiones y el tabú que precipitaría el desarrollo imparable de Occidente no hubiera sido posible sin aquella disponibilidad para pensar y para crear que la cultura helénica permitió a sus filósofos y a sus artistas. El triunfo de la razón fue, antes, el de la libertad. Acaso por primera vez en el curso de la historia humana el poeta no fue el hombre encargado de poner ritmo y música a lo existente —las leyendas y los mitos colectivos, la religión entronizada— y de ilustrar en fábulas la moral establecida, sino un individuo soberano, librado a sus propias fuerzas, autorizado a explorar lo desconocido —mediante la imaginación, la introspección, el deseo y la razón— y a dar carta de ciudadanía a los fantasmas de su espíritu.

El genio de un Shakespeare tampoco podría concebirse sin la ilimitada libertad de que dispuso para "mostrar las pasiones humanas con impunidad", como escribió el Doctor Johnson. Esta libertad no era disfrutada por todos sus contemporáneos ni mucho menos. La era Tudor no fue tolerante, sino más bien autoritaria y brutal, a tal extremo que, refiriéndose a las vandálicas destrucciones de imágenes, pinturas, obras arquitectónicas, libros religiosos, que siguieron a la primera Reforma —la de Enrique VIII—, el historiador G. B. Harrison ha comparado esa época a la de Alemania y Rusia en tiempos de Hitler y Stalin. Se practicaba una rigurosa vigilancia del comportamiento religioso de las personas y cualquier síntoma de heterodoxia —de parte de los católicos o puritanos— conducía a la prisión, la tortura o la muerte. Pero el teatro era considerado un pasatiempo demasiado plebeyo y vulgar, demasiado por debajo de los salones, las academias, las bibliotecas donde se producía y preservaba la cultura reinante, como para merecer el puntilloso control que recaía, por ejemplo, sobre los textos religiosos o políticos. El poder, en tiempos de Isabel I, prohibió las obras históricas inglesas; cerró varias veces los teatros. Pero los dramaturgos fueron afortunadamente desafiados, de modo que —siempre según Harrison— "el Teatro de Londres fue el único lugar donde el hombre común podía oír comentarios directos y honestos sobre la vida". Nadie —ni siquiera su contemporáneo Ben Johnson, quien sí se vio envuelto en líos con el poder debido a sus escritos— aprovechó mejor que Shakespeare ese privilegio casual —la libertad de crear— concedido a los dramaturgos en la Inglaterra isabelina. El resultado es ese fresco del hombre y sus demonios —políticos, sociales, religiosos,

sexuales— que nos deslumbra por su variedad y sutileza y nos ilustra, mejor que ejércitos de psicólogos, antropólogos y sociólogos, sobre la complejidad vertiginosa de la naturaleza humana. En las 37 obras teatrales de Shakespeare quedó pulverizada —entre otras cosas— la rígida simetría que hasta entonces, y desde los albores de la era cristiana, servía para catalogar al hombre y a las acciones humanas: bueno o malo, santo o pecador, libertino o casto, pródigo o avaro. En el personaje shakespearano por primera vez aparece ese hombre en el que, como escribió Bataille, las contradicciones se confunden.

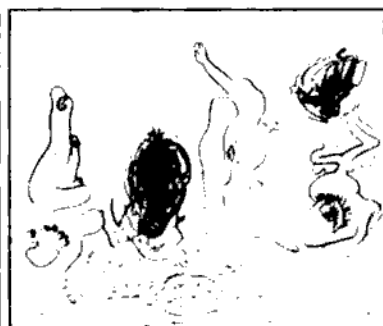
Por hablar del tema de la libertad —acaso el más vasto y polifacético de todos los temas—, si uno no quiere perderse en las generalidades o ahogarse en el detalle, y si morder la realidad, conviene, como he intentado hacerlo con las rápidas menciones de Homero y de Shakespeare, partir de una experiencia concreta. Jean Francois Revel ha escrito que debemos desconfiar de quienes pretenden definir la libertad, pues, por lo general, detrás de cada definición propuesta, acecha el designio de suprimirla. Y es cierto: la experiencia de la libertad, como la del amor, es más rica que las fórmulas que quieren expresarla. Al mismo tiempo que definirla es inconmensurablemente difícil, nada es más fácil que identificarla, saber cuándo está presente o ausente, si es genuina o un simulacro, si gozamos de ella o nos la han arrebatado.

Por eso, más útil que buscar una definición que la abarque toda, en sus innumerables matices, es rastrear su presencia en la historia y valorar sus resultados. También, examinar los peligros que la asedian y saber lo que significa para un individuo y una sociedad disfrutarla o perderla.

Como en la literatura, en casi todos los campos del quehacer humano, ella despunta de manera imprevista, casual, por accidente o descuido de la cultura reinante, que deja sin legislar u organizar ciertos espacios del quehacer humano, en los que, a consecuencia de esa situación excepcional, la iniciativa del individuo puede manifestarse a manos llenas con relativa o total inconveniencia. El resultado es siempre, a corto o largo plazo, el mismo que hemos visto encarnado en las obras de un Homero o un Shakespeare: un ímpetu creativo extraordinario, un viento de renovación. La actividad librada, diríamos, a su cuenta y riesgo, por obra del azar, el prejuicio o la negligencia de quienes ejercen el poder y podrían reglamentarla y no lo hacen, se desarrolla de manera acelerada y empieza a contagiarse a su entorno.

¿Quiere decir esto que basta que desaparezcan los obstáculos religiosos, morales o políticos de la censura para que brote el genio? ¿que una vez que reina la libertad en sus dominios, la literatura y el arte comienzan a producir obras maestras? Naturalmente que no. Quiere decir, más sencillamente, que cuando ella no existe o es débil, la creatividad humana se reduce o agota hasta desaparecer y que los productos literarios y artísticos son mediocres y efímeros.

Citemos un ejemplo. ¿Por qué la literatura colonial en América Latina fue tan clamorosamente pobre que hoy día tenemos que buscar como una aguja en un pajar alguna obra, algún autor, de esos trescientos años, que podamos leer con placer porque su palabra se conserva viva? Por una Sor Juana Inés de la Cruz o un Concolorcorvo cuántos cientos de poetas y escritores indiferenciables, de abstrusos cronistas, de incontinentes dramaturgos sin una idea original?



Esa indigencia literaria de tres siglos no es gratuita ni debida a una tara compartida por nuestros versificadores y prosistas coloniales. El rodillo compresor de la censura eclesiástica, que prohibió el género novelesco como ímpio —caso único en la historia de prohibición en abstracto de una forma literaria— y que sometía a todo impreso a una vigilancia policial en busca de manifestaciones de heterodoxia, convirtió el quehacer literario en un rito despersonalizado y aséptico, que se ejercía dentro de ciertas hormas rígidas, suprimiendo de entrada la espontaneidad. Esa servidumbre no dejaba al creador otra alternativa que orientar su imaginación hacia el alarde formal. Como pensar por cuenta propia era sumamente riesgoso, casi imposible, el escritor colonial tuvo que contentarse en el campo de las ideas con respetar los tópicos establecidos, los lugares comunes que el dogma exigía, y con desarrollar su labor propiamente creativa en lo decorativo y exterior: eso explica las extravagancias formales, a menudo sorprendentes, de ese arte adocenado y conformista. La libertad de creación no garantiza el genio: es apenas el terreno propicio para que brote. Cuando ella no existe, en cambio, es prácticamente seguro que no germinará porque en el dominio de la creación es indispensable que el hombre se vuelque entero, con su conciencia y su inconciencia, con su luz racional y sus tumultos irracionales, hacia lo ignoto. Sólo la obra que nace de la totalidad humana e implica, además de destreza, osadía moral, suele trascender las barreras del tiempo y del lugar. Eso ocurre rara vez en las culturas represivas, las religiosas o ideológicas, en las que, debido a policías externos —la censura— o interiores —la autocensura— el creador debe ejercer una vigilancia racional sistemática sobre aquello que escribe para que no desborde los límites de lo tolerado.

En campos tan alejados de la literatura como los de la artesanía y el comercio, la irrupción de la libertad, por conjunción de circunstancias y factores que no obedecen —ninguno de ellos— a una determinación de quienes ejercen el poder o lo sufren, produjo también cambios tan trascendentales para la vida social como los que se derivan, en el mundo del intelecto y de la sensibilidad, de las grandes creaciones artísticas. Contamos, para comprobarlo, con un notable estudio reciente del profesor Fernand Braudel, quien, en su monumental *Civilisation matérielle, Economie et Capitalisme (XVe-XVIIIe Siècle)*, dedicado a estudiar la historia del mundo occidental entre los siglos XV y XVIII a través de la producción de los objetos, los útiles, las técnicas, y del intercambio, nos descubre en verdad, magistralmente, la asombrosa mutación que operaría en el desenvolvimiento de la sociedad la aparición del comercio libre y su escenario: el mercado. Como en el dominio de la creación, el surgimiento de un espacio independiente y soberano donde la acción humana pudo volcarse sin condicionamientos, en cierto modo desbocarse, de acuerdo sólo al interés y voluntad del individuo que ocurría a él para comprar o vender, para producir o consumir, revolucionó los cimientos de la civilización. Las consecuencias son las mismas que provoca el ejercicio de la libertad en el arte o la ciencia: movimiento, progreso, desarrollo rápido de las técnicas, proliferación de las industrias, aumento de la comunicación entre las personas y los países, resquebrajamiento de la cultura religiosa y hegemonía creciente de la racionalidad, debilitamiento y colapso de las viejas jerarquías sociales establecidas por el nombre, el título, la función militar y su reemplazo por jerarquías nuevas, determinadas por la propiedad y la función económica de las personas. El auge de la ciudad, el

nacimiento de una civilización urbana en reemplazo de la civilización rural, es el fruto inmediato de este florecer de la actividad comercial e industrial, de la apertura y consolidación de mercados. Pero la más decisiva consecuencia de la aceleración de la historia provocada por la producción y el intercambio libres, es la aparición del hombre singular.

Estamos tan acostumbrados a decir y a oír que los hombres nacen iguales, poseedores de derechos inalienables, y que cada hombre es, como entidad moral, persona jurídica y sujeto de la historia, nada menos que el centro del mundo, que a menudo olvidamos que esta noción —la del individuo soberano— es, en verdad, poco menos que exótica por lo reciente, y constreñida a una civilización, en el curso de una historia en la que dominó siempre —aunque con distintas modalidades y conceptos— una visión colectivista para la cual el hombre fue siempre rebaño, masa indiferenciable, grupo anónimo al que daba fisonomía la tarea —la servidumbre— que le había sido asignada en el mecanismo social, y a la que generalmente nacía y moría atado, como el asno a la noria.

El individuo es un producto de la libertad, como la *Ilíada* o el Hamlet, o como los grandes descubrimientos científicos de la era moderna. El hombre se diferencia y emancipa de esa placenta gregaria a la que estaba asido desde los remotos tiempos prehistóricos de la horda, y adquiere una cara individual y un espacio propio, sólo en los tiempos modernos, cuando la multiplicación de actividades y funciones económicas, sociales y artísticas no controladas, en las que la espontaneidad y la fantasía del individuo podían ejercerse y eran exigidas, estimularon la evolución del pensamiento filosófico y político hasta instituir esa noción que rompe con toda la tradición histórica de la humanidad: la de soberanía individual. Las ideas de justicia social, las utopías igualitarias, los derechos del hombre, y, por supuesto, la teoría y la práctica de la democracia son las más fértiles floraciones de la doctrina que hizo del individuo —ese corpúsculo invisible— el centro del Universo.

Haber llegado a ese punto —reivindicar al hombre individual como una entidad dueña de derechos y deberes, en torno y al servicio del cual debe organizarse la vida comunitaria— es sin duda la culminación ética de la historia humana que Benedetto Croce definió, en una sugestiva metáfora, como una hazaña de la libertad.

Esta bella metáfora, sin embargo, sólo abraza apropiadamente a la cultura dentro de la cual hemos nacido y nos movemos los latinoamericanos desde que las tres carabelas de Colón, en su viaje al país de las especias, tropezaron con nuestras tierras. Todas las civilizaciones y culturas tienen algo de qué enorgullecerse, todas pueden jactarse de haber enriquecido —algunas menos, otras más, unas cuantas muchísimo más— las artes, las técnicas y las ciencias. Y en todas ellas es posible, también, rastrear, aquí o allá, en dosis escasas o abundantes, la práctica de la libertad. Pero en ninguna de ellas fueron estos enclaves en los que podía ejercitarse sin cortapisas la iniciativa, el capricho, la arbitrariedad del individuo, tan numerosos, constantes ni se interrelacionaron y contaminaron al resto de la sociedad hasta reordenarla casi enteramente en función de ella, como en Occidente. Ninguna otra civilización que, en cierta forma, tiene su partida de nacimiento con esos exámetros homéricos que, se dice, compuso un poeta ciego e itinerante, en los

albores de Occidente. Ello explica, seguramente, su poderío, el que creciera y se robusteciera tanto como para imponerse, doblegar o transubstanciar a las otras culturas con sus propias costumbres, creencias, instituciones y valores, y que, poco a poco, a veces por la fuerza, a veces por el comercio, a veces por ambas cosas combinadas, fuera destruyéndolas, asimilándolas o contagiándolas. Al extremo de que hoy día, ninguna de ellas osa renegar de la idea de libertad, a la que todos los países, regímenes y doctrinas dicen rendir culto y querer realizar, aunque muchos la desvirtúan, dotándola de contenidos equívocos (Isaías Berlín ha detectado por lo menos 40 nociones diferentes de la idea de libertad).

Ahora bien, que la libertad, no la abstracta, la de las definiciones contradictorias, sino la real, la de las iniciativas concretas, esa disponibilidad desplegándose sin trabas o con trabas superables, haya sido el motor del progreso material y social y se deban a ella, si no la desaparición de la injusticia y el abuso político, por lo menos su radical reducción y la conciencia de que aquellos deben ser combatidos y condenados, así como la más preciada colección de creaciones espirituales y artísticas de la humanidad, no debe hacernos olvidar que la libertad ha impuesto, también, un tributo de degradaciones al hombre y que, para conquistarla y preservarla, tiene éste que pagar un alto precio.

Porque acaso en ningún campo como en el de la libertad se manifiesta mejor la esencial complejidad del hecho humano, que no es nunca enteramente positivo o negativo —bueno o malo— sino relativamente lo uno o lo otro, en dosis a veces muy difíciles de comparar. Esas son las "verdades contradictorias" sobre las que ha reflexionado con tanta lucidez Isaías Berlín.

En el campo económico, esa misma libertad que ha sido el motor del progreso y el desarrollo es también fuente de desigualdad y puede crear abismos insalvables entre los que tienen mucho, poco o nada. La curiosidad y la inventiva que ella azuza ha permitido al hombre dominar la enfermedad, explorar los abismos del mar, de la materia, del cuerpo y, violentando la ley de la gravedad, surcar los cielos. Pero, también, crear unos instrumentos de destrucción que convierten a cualquier estado moderno de nuestros días, potencialmente, en un ente capaz de producir devastaciones y holocaustos que vuelven simples travesuras las proezas homicidas de un Nerón, un Gengis Khan o un Tamerlán.

No sólo el sueño de la razón engendra monstruos, como escribió Goya en uno de sus aguafuertes. También la razón lúcida, en plena vigilia, puede, descurriendo sin frenos, formular impecables teorías sobre la desigualdad de las razas humanas, justificar la esclavitud, demostrar la inferioridad de la mujer, del negro o del amarillo, la maldad congénita del judío, legitimar el exterminio del hereje y el infiel, la conquista, el colonialismo, la guerra entre naciones o entre clases, y, dilucidando unas supuestas leyes de la historia, decidir que la causa de la justicia social y la emancipación humana pasa necesariamente por el terror, el crimen, la tortura, la censura y los campos de concentración. Las laboriosas teorías que el Marqués de Sade elaboró, en la celda de la Bastilla donde fue encerrado por maltratar a una damisela, no son sólo la racionalización de unas visiones que el encierro y el deseo exacerban hasta la locura. Son, también, símbolo estremecedor de los extremos auto-destructivos

a que puede llevar al hombre el ejercicio desalado de la libertad de pensar, de actuar y de crear.

Esos "monstruos" de que se poblaron los libros, los cuadros, ahora las películas, cuando el hombre estuvo en condiciones de dejar fluir libremente su imaginación y abrió las puertas de la jaula a sus demonios privados, nos han enriquecido extraordinariamente, proporcionándonos ese impagable placer que deparan un hermoso cuadro, una gran novela, y revelándonos, de esa manera viviente y gráfica en que lo hace el arte, cómo somos, qué es lo que escondemos y qué podría esperarse de nosotros si esa irrestricta e irresponsable libertad de que gozó su creador para forjarlos fuera prerrogativa de nuestras vidas.

¿Qué podría esperarse? La desaparición de la cultura y de la historia, acaso la extinción misma de la vida o, cuando menos, el retorno de los humanos sobrevivientes de la hecatombe de la libertad al estado de naturaleza en el que estuvo el nombre cuando la intromisión accidental de la libertad en su destino lo arrancó de la condición entre vegetal y animal que era la suya y lo llevó, con el correr de los siglos, hasta la intimidad del átomo y de las estrellas.

Esta es, tal vez, la más inquietante paradoja de las muchas que pueblan la historia: la libertad, fuente nutricia de lo mejor que le ha pasado al hombre y su anhelo más caro, es también un abismo por donde puede rodar y destrozarse. Ha ocurrido muchas veces y, si juzgamos por los innumerables ejemplos que la historia nos ofrece, no nos queda otro remedio que concluir que en el futuro seguirá ocurriendo.

Y, sin embargo, con todos sus peligros, pese a las catástrofes a que su uso y abuso pueda conducirlos, no hay duda que los individuos y los pueblos la eligen, cuando tienen ocasión de hacerlo. Y, cuando no, están dispuestos a los mayores sacrificios para alcanzarla. Hay excepciones, claro está, pero no abundan. Sus enemigos suelen serlo transitoriamente, sólo el tiempo de comprobar que, cuando ella desaparece, el empobrecimiento y grisura de la vida son tales que resultan un precio demasiado alto para los supuestos beneficios que trae conculcarla: la tranquilidad y el orden, por ejemplo, en el caso de las dictaduras autoritarias; la abolición de las clases y la instalación del igualitarismo colectivista, en el de las totalitarias, o la imposición de un dogma, en el de las dictaduras religiosas.

¿Está el pueblo iraní satisfecho con el despotismo teocrático de los imanes shiitas que ha causado ya a ese país más muertes y sufrimientos que la corrupción autocrática del Sha? Aparentemente, sí. De otro modo no se explicaría la

solidez de que parece gozar el régimen, ni sería concebible el ardiente celo con que vemos a los niños, hombres y viejos de la antigua Persia, precipitarse a la insensata carnicería en que se ha convertido la guerra con Irak. La fe religiosa, vivida fanáticamente, puede hacer de la libertad algo perfectamente prescindible, e, incluso, dar plenitud emocional, una ilusión de felicidad que la libertad difícilmente puede dar. Si definimos la felicidad como un estado de absoluta concordia entre el sentir del hombre y la realidad que vive, sí, no hay duda, un pueblo esclavo puede ser más feliz — o menos infeliz — que un pueblo libre. Si la felicidad es vivir exento de dudas y de incertidumbre, de la obligación de cuestionar continuamente lo real y de tener que elegir entre distintas opciones, sometido a una doctrina o de una fe que hace las veces de conciencia y desindividualiza al hombre, quien se realiza en ella y actúa sólo a través de ella, regresando a una condición de parte de una colectividad, de ente impersonal y gregario, no es inexacto acaso decir que ciertas tiranías teocráticas o políticas como la del Ayatollah o ideológicas, como en la Alemania de Hitler, la China de la Revolución Cultural o la Camboya de los Khemer Rojos conceden una suerte de dichoso atontamiento, de letargo feliz, a las masas que uniforman, exonerándolas de la incomodidad de elegir, de dudar y de crear.

Renunciar a la libertad es una opción posible, desde luego. No sólo los pueblos sucumben a veces a esta tentación, bajo el techizo de una religión o una ideología. También los individuos concretos. Que entre estos últimos abundan quienes, como los intelectuales y los artistas, dependen de la libertad para funcionar, como los pulmones del oxígeno, es una paradoja sólo aparente. La libertad echa sobre las espaldas del hombre una terrible responsabilidad que nadie vive de manera más íntima, en el corazón de su propio quehacer, que el creador. La filosofía existencialista, que estaba todavía de moda cuando yo era estudiante, derivaba la angustia de esa situación límite: la del hombre, condenado, a consecuencia de su condición de ser libre, a elegirse todo el tiempo, a trazar su destino, decidiendo a cada instante entre las vastas o menudas opciones abiertas ante él. Esa angustiosa y desgarradora condición — la de tener que optar sin tregua, la de asumir una opción y rechazar otras a lo largo de los días y las horas — es simplemente intolerable para algunos intelectuales. Pretenden entonces esquivarla, negándola. Así han nacido esas laboriosas teorías encaminadas a demostrar que la libertad es un concepto abstracto y relativo, un privilegio formal que acompaña al poder y a la fortuna, un espejismo con el que disimulan la explotación y la injusticia de las mayorías, las minorías dominantes.

Curiosamente, sin embargo, una vez que esa libertad a la que llaman ficticia, mentirosa, clasista, es suprimida, sea por una dictadura militar de derecha o por una revolución marxista, y ellos, que la denostaban tanto, descubren que son las primeras víctimas cuando ella se eclipsa, que sin ese "espejismo", es su propio trabajo el que se vuelve trampa y mentira, una permanente frustración, y que, por otra parte, la causa de la verdadera justicia no avanza un ápice sin ella, los artistas e intelectuales pasan a ser sus más ardientes valedores. Es un fenómeno de nuestro tiempo que debería hacernos meditar: en los países libres abundan los intelectuales y artistas comprometidos con las causas totalitarias,



en tanto que, en las sociedades represoras, sean de izquierda o de derecha, los intelectuales y los artistas están siempre a la vanguardia de la lucha por la libertad. (Chile y Polonia, para poner dos casos antagónicos, son una buena ilustración de lo que digo.) ¿Hay que ver en esto, solamente, el espíritu de contradicción característico del hombre que crea, insatisfecho con lo que tiene y ambicioso de lo que le falta? En todo caso, es una evidencia: el artista y el intelectual, los principales beneficiarios de la libertad, han sido y siguen siendo en muchos casos sus peores enemigos.

En América Latina lo sabemos muy bien. Grandes creadores cuyas obras han dado a nuestra literatura autoridad y prestancia en el mundo, y que han enriquecido extraordinariamente nuestra lengua, nuestra imaginación y nuestra sensibilidad, no han vacilado en poner su prestigio y su verbo al servicio de ideologías y regímenes reñidos con la libertad. Un buen número de ellos sucumbió al hechizo totalitario marxista. Pero hay también intelectuales y artistas, y a veces de alto rango, que se mostraron complacientes y entusiastas con las dictaduras militares de derecha, y, a veces, en los instantes mismos en que éstas perpetraban sus peores crímenes.

En esto, nuestros pueblos han mostrado una clarividencia mayor que la de buen número de sus intelectuales. Es algo de lo que Latinoamérica puede enorgullecerse ante el mundo. Es que lat en nuestros países hay desigualdades escandalosas, que el espectáculo de la pobreza se repite, como una pesadilla recurrente, del Bio-Bio hasta el Estrecho de Magallanes, y que en los campos de la enseñanza, de la salud, del trabajo, de la legalidad, queda una inmensa tarea por hacer. Pero, al mismo tiempo, los latinoamericanos podemos decir, que, a diferencia de lo que ocurrió hace apenas unas décadas en Europa, o de lo que ocurre hoy con frecuencia en el Oriente Medio o Extremo y en el continente africano, nuestros pueblos no han sucumbido al hechizo del despotismo. Siempre que han sido consultados se han pronunciado de manera resuelta y abrumadora por la causa de la libertad. Acaba de hacerlo mi país, concurriendo caudalosamente a las urnas, en contra de las consignas de no votar de Sendero Luminoso. Y lo hicieron, antes, los uruguayos, los brasileños, los venezolanos, los argentinos, los ecuatorianos (y no cabe duda que lo harán también, cuando puedan hacerlo, los chilenos). Si uno analiza todos esos procesos electorales descubre una constante: sean de centro izquierda o de centro derecha los partidos y gobernantes elegidos, todos ellos representa, de manera inequívoca, una opción democrática, de convivencia en la diversidad, de legalidad, de libre expresión, de alternancia en el poder. En todos estos casos, los pueblos consultados penalizan severamente, concediéndoles porcentajes minoritarios y a veces insignificantes de votos, a los partidos y dirigentes de ambos extremos que encarnan, desde ideologías diferentes, una amenaza para la libertad.

La lección no puede ser más meridiana. Deberían aprender de ella, antes que nadie, nuestros intelectuales y todos quienes suelen arrogarse, a la hora de hablar o escribir, una personería popular. Nuestros pueblos, pese al hambre, a la injusticia económica, a la falta de trabajo, de escuelas, de hospitales, pese a los infortunios y a la desesperanza que es para ellos la vida, no han perdido el apetito de la libertad ni están dispuestos a seguir a quienes, con el argumento de que

así se resolverán mejor los problemas, los privarían de ella. Pese a las frustraciones que, en lo relativo al progreso material y a la justicia social, o al ritmo tan lento que llega a ser imperceptible, de la mejora de las condiciones de vida, que ha significado para ellos la experiencia de regímenes de libertad, nuestros pueblos se aferran a ellos y una y otra vez los eligen y prefieren a los dictatoriales, por frágiles e inoperantes que se revelen. ¿Qué dictadura podría entre nosotros jactarse de contar con el respaldo popular de que gozaron un Mussolini, un Hitler, o de que goza ahora un Ayatollah? Ninguna. Y la mejor prueba de ello es la brutalidad represiva — las torturas, las censuras, los crímenes — de que deben hacer gala nuestras dictaduras para mantenerse en el poder, pese a la hostilidad de sus pueblos. Conviene que tengamos este hecho muy en cuenta porque, en medio de las grandes dificultades que atraviesan nuestros países en estos días, en el contexto de esta crisis económica que nos ahoga y amenaza con desintegrarnos como naciones, representa una esperanza: nuestros pueblos, pese a todo, siguen creyendo que la libertad es la mejor opción. Serán pobres, incultos, frustrados, desamparados. Pero saben lo que quieren: ser libres. Seguramente no podrían teorizar al respecto. Si interrogamos, uno por uno, a esos hombres y mujeres que constituyen el ciudadano común de nuestra América, la mayoría nos daría tal vez unas razones vagas e inciertas sobre lo que, usando la expresión sartraña, llamaríamos "su elección". Ocurre que esta opción de libertad se manifiesta en muchísimos casos como una instintiva y ciega apatencia de las profundidades de la personalidad, antes que como un razonado movimiento consciente. Se trata de una adivinación, de una misteriosa voluntad de alcanzar la individualidad plena y suprema desgarrándose de la colectividad indiferenciable, esa soberanía del ser que sólo se alcanza a través de la experiencia de la responsabilidad suma: decidir por cuenta propia, optar en un sentido u en otro sobre las cuestiones más vitales, ser el verdadero protagonista de su destino.

De un pueblo que sentía esa secreta urgencia y que, desde las tinieblas gregarias en que se movía, añoraba como un ideal confuso esa emancipación de la persona que signa el nacimiento de Occidente — el inicio, en la historia, de una cultura de la libertad — nacieron los poemas homéricos.

El vate ciego y trotamundos que, según la leyenda, les dio vida, inaugura una tradición que daría a la humanidad su vuelco fundamental, abriendo las puertas de la vida social e individual a una sigilosa señora, que, poco a poco, con su varita mágica, transformaría la historia y la condición humana. No trajo consigo la felicidad — acaso nos privó de ella — pero sí el progreso, una mayor justicia y una sustancial mejora de la calidad de la vida para las naciones que, entronizándola como su reina y señora, se sometieron a sus veleidades y maleficios. Saber que, aun en las peores circunstancias, nuestros pueblos le ofrecen jubilosa hospitalidad y, cuando la pierden, la añoran, luchan por ella y acaban siempre resucitándola, pueba que a pesar de sus dictadores y de sus fanáticos, de sus padecimientos materiales y de sus grandes desequilibrios, la libertad es inseparable de la cultura y los sueños del hombre latinoamericano.®

Conferencia dada en Santiago de Chile, en abril de 1985, bajo los auspicios de la Fundación Eduardo Frey